



# LAS RAZONES DE GENEROSA

José Luis Murcia

**H**abía dado una chupada al cigarrillo de tabaco de hebra con ganas. Con muchas ganas. Tantas... que pareció absorber con su gesto al medio mundo que la tenía condenada a vivir en la precariedad. No era nada nuevo. Era un gesto reflejo y casi siempre ocurría a primera hora de la mañana en el mercado de Santiago de Compostela donde como cada día había ido a ocupar la bancada donde vendía sus grelos, los huevos de sus gallinas y unas pocas coles de su diminuto huerto. Generosa, que apenas se acordaba de su nombre y mucho menos de los años que indicaba un carné de identidad que dejó de renovar hace ahora unos veinte años, (“¿para qué? ¡Cómo si no supiera quién soy yo y para recordar el día que nació... pues mal-

quita la puta hora en que vine al mundo!”), hacía cada día el viaje de ida y vuelta en la furgoneta de unos vecinos de la parroquia, cercana a la capital de Galicia, donde residía. Todos ellos, como Generosa, poseyeron unas vaquiñas durante toda la vida que un día tuvieron que vender tras la entrada en el selecto club de la Unión Europea en la que un grupo de burócratas sin alma, y probablemente sin entrañas, decidieron dar la puntilla, como a un famélico novillo en una plaza de tercera, a miles de personas que en la Cornisa Cantábrica malvivían con la leche que daban sus vacas, que vendían y consumían entre los propios vecinos.

Desde entonces, Generosa, que no había vuelto a sonreír desde que un día descubrió a su Ceferino en el establo colgando desde la viga cercana al pesebre, aumentó conside-

rablemente sus dosis de nicotina. Y pasó de los tres o cuatro cigarros a los dos o tres... paquetes ¿Paquetes? Bueno, no exactamente, ya que fumaba tabaco negro de hebra, eso sí comprado de extranjis a unos vecinos que tenían su propio secadero y que hurtaban de la venta estatal una pequeña porción para sus amigos.

No era hoy un día especial. Mes de mayo, había un tímido sol que iluminaba como de soslayo una de las entradas principales al mercado, y no más bullicio que el de los transportistas y vendedores colocando sus puestos en los que abundaba de todo. Pero Generosa estaba inquieta y quiso ese día darse una vuelta por las distintas naves para ver el género y, de paso, saludar a alguna de las pescaderas o carniceras con quienes les unía su quehacer diario y el deseo de vender cuánto más mejor para llegar algo más holgadas a fin de mes.

Como todavía quedaba tiempo para que llegaran las primeras parroquianas, y con el cigarro ladeado en la boca, Generosa se paró a observar los distintos puestos dedicados a la carne. Le llamó la atención la gran cantidad de pollos camperos, algunos con la vitola de capones de Villalba (Lugo), que ese día se ofrecían a un precio medio cercano a los cinco euros el kilo. Eran pollos grandes, algunos de color amarillento como consecuencia del consumo de maíz; otros blancos como la leche pero con tonos rojos que indicaban unos muslos compactos ganados en una vida libre en movimiento en las casas de los paisanos. Y también se fueron sus ojos hacia las cabezas de cerdo, las famosas cachuchas que se cocinan enteras, sesera incluida, en los días de Carnaval. Pero ahora era mayo...

Tras comprar un trozo pequeño de auténtico queso de San Simón da Costa, Generosa se desplazó a la zona de las pescaderas. Allí se paró en uno de los primeros puestos que exhibía orgulloso unos lubricantes (bogavantes) cercanos a los dos kilos, unas centolas (centollas) de peso parecido, unos santiaguinos más que escogidos y unos mejillones gigantes que invitaban, sin descanso, a la gula. El marisco había sido siempre una de sus de-

bilidades, pero sus ingresos no le permitían disfrutar de él. Quizás hacía ya cuarenta años que, más allá de unos mejillones y algunos percebes que de allá para cuando le regalaba un sobrino percebeiro, no los probaba. Y parece que, dado el precio que tenían, la abstinencia iba a continuar.

Santiago había amanecido con un día primaveral pero en los alrededores del mercado se respiraba un aire espectral, mágico, fantasmagórico, extraño... uno de esos días en el que las más viejas del lugar recuerdan la famosa frase de que no creen en las meigas, "aunque haberlas, haylas". Ese halo no había pasado desapercibido para Generosa que lo comentó a su amiga Uxía: "Noto aires del más allá. Creo que hoy va a ser un día especial". No obstante, todo cambió cuando el bullicio, el gran bullicio, comenzó a adueñarse del grueso del mercado. Hoy más que nunca parecía que la ciudad del Apóstol se había echado a la calle para acercarse al mercado, ese mercado que había mejorado ostensiblemente con la puesta en marcha del restaurante Abastos 2.0 y con otras tiendas que circundan el edificio del mercado propiamente dicho.

Apenas habían transcurrido dos horas desde que Generosa comenzó a ofrecer su mercancía y ya había vendido la mitad. Ese día, que curiosamente había subido más huevos que cualquier día del último año, apenas le quedaba una docena, los grelos habían disminuido su volumen a marchas forzadas, algo parecido pasaba con las coles, y ella iba engordando su faltriquera con monedas y billetes.

Una nueva chupada al cigarro y se quedó pensativa mirando al cielo. Como en trance. No pudo más. Se acercó a Maruxa, la pescadera, y le pidió una centolla. Sonrosada, grande, hermosa... Lo había pensado bien. Si las ventas seguían como hasta ahora, poco después de la una levantaban el puesto, se subía a la furgoneta y de vuelta a casa. A veces, los deseos son realidades. Y la magia del día los espoleaba.

Eran poco más de las dos de la tarde cuando llegó a casa. Generosa busco una olla, le echó agua de mar y puso a cocer la centolla.

Exhibía su hermosura encima de un enorme plato de porcelana que guardaba como oro en paño desde los primeros años de la posguerra. Aún recordaba como su padre, Pepiño, lo exhibía como un preciado trofeo de guerra. Y fue en ese momento, justo cuando prendió el cigarro, cuando se acordó que el día que se fue Ceferino habían comido también marisco. Unas navalleiras (nécoras), que tanto gustaban a su difunto esposo.

Pero no le dio importancia. La vida le había hecho dura. Hasta el punto, que cuando lo vio colgar de la viga aquel día de infausto recuerdo, todo lo que se le ocurrió decir es “pero hijoeputa ¿qué me has hecho?”. No. Desde ese momento no fue la misma ¿El ta-

baco? Más matan otras cosas, refunfuñaba entre dientes. Hoy era un día diferente. Un buen día.

Dio buena cuenta de la centolla y se llenó medio vaso de aguardiente. Bebió a pequeños sorbos durante un buen rato mientras apuraba un último cigarro antes de irse a dormir. Cerró los ojos y en la comisura de sus labios quedó prendida la colilla del último del día. Ya hacía horas que se había hecho de noche para Generosa cuando en el campo santiagués comenzaba a anochecer. En los prados se difuminaban las sombras de las escasas vacas que por allí pastaban y en los huertos vecinos proyectaban sus sombras grelos, coles y patatas. ■